

ENSAYO*

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA EN LA UNIVERSIDAD

Por Antonio Eiras Roel

Catedrático de Historia
Moderna en la Universidad
de Santiago de Compostela

UNA OPCION ante el tema: ¿enfoque descriptivo o enfoque normativo? La elección no es dudosa. El autor de este ensayo se librará mucho de pretender, en el limitado marco de este trabajo al que se suman sus propias limitaciones personales, trazar cualquier intento de *current* panorama de lo que de hecho viene siendo en los años setenta, en toda su diversidad, la docencia histórica en la Universidad. Por una parte, le falta la información suficiente para tal empresa, aun limitándola al marco de la Universidad española; y aun en el caso de poseerla, debería rehuir catalogaciones y clasificaciones que, al concretarse en nombres propios, podrían estimar-

* BAJO la rúbrica de "Ensayo" el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes una colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto del tema general que se aborda a lo largo de doce meses. El tema elegido para 1975 ha sido la Historia.

En los boletines anteriores se han publicado: *La exposición en el campo de la Historia, nuevos temas y nuevas técnicas*, por Luis Suárez Fernández, catedrático de Historia Antigua y Media en la Universidad Autónoma de Madrid; *Historia del Derecho e Historia*, por Francisco Tomás Valiente, catedrático de Historia del Derecho en la Universidad de Salamanca; *Corrientes historiográficas en la España contemporánea*, por José María Jover Zamora, catedrático de Historia Universal Contemporánea en la Universidad Complutense; *Demografía histórica*, por Felipe Ruiz Martín, catedrático de Historia Económica en la Universidad Autónoma de Madrid; *Historia de la ciencia e historia*, por José María López Piñero, catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad de Valencia; *Categorías historiográficas y periodificación histórica*, por Juan José Carreras Ares, profesor agregado de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza; *La biografía como género historiográfico*, por Carlos Seco Serrano, catedrático de Historia Contemporánea de España de la Universidad Complutense; *Los nuevos métodos de Investigación Histórica*, por José Angel García de Cortázar, catedrático de Historia Medieval en la Universidad de Santiago de Compostela e *Historiografía y nacionalismo*, por Jorge Solé Tura, profesor adjunto de Derecho Político en la Universidad de Barcelona.

Al finalizar el año estos trabajos serán recogidos en un nuevo volumen de la *Colección Ensayos*, editada por la Fundación Juan March en colaboración con la Editorial Rioduero.

se inadecuadas o injustas. Por otra parte, por lo que atañe a un panorama de la historiografía universitaria española actual, acaba de ser ofrecido ya, y de mano maestra, por el profesor Jover, con su habitual información y competencia, en uno de los ensayos precedentes de esta serie⁽¹⁾. Por supuesto que tampoco pretendo hacer de mi tema un pobre recetario de "técnicas pedagógicas", de ésas que en los últimos años han gozado de tanto favor oficial en el campo de la enseñanza secundaria, cuando lo urgente era —en esta disciplina al menos— remediar la pobreza de las ideas sobre el concepto y el contenido de los saberes, especialmente en un nivel de la enseñanza que ha sido siempre reciamente tradicional.

Haciendo de la necesidad virtud, me propongo dejar de lado —por agotado o por insustancial— el punto de vista descriptivo, para seguir el normativo o conceptual: centrar la idea de lo que debe orientar la enseñanza universitaria de la historia a la altura de los años setenta. Y trataré de hacerlo por vía de contraste: primero revisar lo que durante generaciones fue el modo de ser entendida la disciplina en nuestras Universidades; luego considerar lo que la misma significa para sus investigadores y profesionales universitarios —docentes, sin duda— de nuestro propio tiempo, de esta segunda mitad del siglo XX. Doy por sentado que, al hablar de nuestras Universidades, tanto mis lectores como yo, estamos dando al determinativo *nuestras* un sentido más amplio, e históricamente más adecuado al tiempo presente, que el estrecho sentido nacionalista, totalmente carente de significación cuando se aplica a los saberes universitarios y científicos, universales por esencia, y que revelaría miopía en la pluma de un historiador, acostumbrado a pensar hoy día que no son las naciones sino las civilizaciones —en este caso *nuestra* civilización europea occidental, a la que pertenece íntegramente todo nuestro conocimiento científico universitario, sea o no hecho por españoles de origen— las únicas áreas inteligibles de estudio histórico. Pero al hablar así estoy situándome ya en las perspectivas del método comparado, tan familiar a los historiadores de nuestro tiempo —y antes ya a los Pirenne y a los Marc Bloch—, y anticipando conceptos, en cierto modo.

Una cosa es clara: la enseñanza universitaria de cualquier disciplina —invoco el principio de la unidad de las ciencias, hoy tan sentido especialmente por los historiadores— no puede ser otra cosa —si es, como suponemos que es, fiel a su nombre— que la transmisión del saber de esa ciencia concreta a la altura de su propio tiempo. Cuando lo es auténticamente, la enseñanza universitaria se identifica con el saber y el pensar de los científicos que le imprimen un sello de actualidad, o

que le han legado una personalidad todavía viva en un pasado reciente; en nuestro caso concreto se confunde con la idea y la obra histórica de aquellos grandes historiadores, vivos o no, que siguen en la actualidad ejerciendo un magisterio intelectual, y esto una vez más entendido no a escala de nación sino a escala de civilización. Y no es menos evidente que al hablar de un conocimiento histórico actual no podemos referirnos a otra cosa que a la historia que se hace, se vive y se difunde, o sobre la que tal vez se polemiza, dentro de la Universidad. Con algunas excepciones quizá, la ciencia histórica no tiene otros hogares que la Universidad —¿será ese constante contacto con las aulas lo que le imprime el dinamismo de que da muestras hoy día?—, a diferencia de otras ciencias aplicadas y tecnológicas que poseen sus laboratorios experimentales alejados del bullicio de las aulas, sus hogares propios al margen de la docencia. Esto no acontece con la historia. Todos los cambios conceptuales que —demasiado rápidamente tal vez— vamos a contemplar, han sido realizados dentro de la Universidad y vocados en sus aulas por sus más eximios maestros. Ciencia histórica y docencia universitaria son inseparables en la práctica; y quien esto escribe no conoce la manera de desligarlas ni práctica ni conceptualmente.

Temo que me será inevitable incidir en algunos conceptos ya conocidos para los lectores habituales de estos ensayos. Aunque el lector avisado tal vez pueda sorprender alguna incidental diferencia de criterios —¿alguna discrepancia incluso?—, le será más fácil advertir coincidencias. Es lógico, al haber sido precedido este ensayo por otros de tema bastante afín, escritos por historiadores competentes y que viven inmersos en un horizonte conceptual y metodológico también afín. Algunos hechos no deberían ya ser reiterados: así por ejemplo, la profunda y renovadora influencia que desde los años cincuenta ha ejercido sobre la historiografía española —vale decir, sobre el clima que se vive y sobre la historia que se enseña en la Universidad española— la llamada *Escuela de los "Annales"*⁽²⁾. Pero aunque sea inevitable reincidir en algunas ideas, toda vez que esta *Colección Ensayos* no va dirigida primariamente a los historiadores de oficio, para quienes son harto familiares, sino a un amplio público culto, la insistencia no parecerá tan inoportuna. Se trata de aquellos conceptos más operativos y vivos que orientan hoy a nuestra disciplina —al menos así lo creo— y que se viven en nuestras aulas. La mentalidad histórica de nuestros actuales alumnos universitarios se forja en la perspectiva conceptual a la que quiero referirme en la segunda parte de este ensayo, tanto por el influjo directo de las enseñanzas que reciben en las aulas, como por el de la bibliografía actual que se les pone en las

manos, o que les llega espontáneamente a través del intenso movimiento editorial y traductor de estos últimos años. Esta es la razón por la que voy a elegir mis citas preferentemente —exclusivamente no me sería posible— de obras en castellano, sean o no de autores españoles, pero que andan en manos de nuestros estudiantes y configuran su clima intelectual y profesional futuro, lo mismo que el de los jóvenes investigadores y profesionales universitarios de la historia. Intencionadamente, mis autoridades serán aquí las del dominio común. No pretendo afirmar que este dominio sea indiscutible ni indiscutido. Dios sabe cuántas de las ideas que hoy nos parecen consolidadas podrán ser revisadas en un futuro inmediato, sobre todo si se tienen en cuenta la movilidad y dinamismo que hoy vive la historia y las disciplinas que la rodean. Por otra parte, no es fácil asegurar que ciertos principios históricos, hoy tenidos por actuales y entusiásticamente aceptados entre algunos sectores jóvenes de nuestra ciencia histórica universitaria, gocen del aplauso de todos, incluso entre los jóvenes, o no puedan ser vistos con ciertas reservas por algunos historiadores más maduros y de solvencia acreditada por una obra científica seria. No me atrevería a negarlo, pero tampoco a afirmarlo. Lo que sí creo ciertamente es que ese tipo de reservas, en el supuesto de que subsistan, carecen de porvenir y tienden a cero. En otras décadas ha habido entre nosotros —¿pero es lícito afirmar que subsistan a la altura de los años setenta? — demasiados prejuicios contra un dinamismo histórico que rompía los moldes de la doctrina histórica tradicional, aprendida desde la misma escuela, tal como ahora mismo intentaré analizarla. Yo me atrevería a caracterizar esos recelos pretéritos como un complejo de cuatro prejuicios o *ídola*: el ídolo humanista, que circunscribía el horizonte mental del historiador al ideal de hombre culto del siglo XVI y a las disciplinas clásicas que tienden a conformar este tipo de mentalidad culta (y no quiero negar su necesidad, sino sólo su suficiencia); el ídolo individualista, que dando por sentado que el fin de la historia es la comprensión del hombre, no veía más allá del hombre individuo, ignorando la existencia del hombre en sociedad; el ídolo nacionalista, que además de un narcisismo sumido en la contemplación de una historia nacional de fronteras adentro, engendraba una invencible repugnancia xenófoba a admitir que ciertas ideas transformadoras puedan y deban llegar de fuera (pero ¿cómo de fuera, cuando vienen del patrimonio común de la misma civilización occidental a la que se pertenece como hombres y como historiadores?); el ídolo preteritista, que sólo confiaba en la solvencia de las buenas y viejas nociones bien aprendidas de antiguo (si una idea nueva llega rompiendo los moldes

“acreditados” de siempre, puede acogerse con una sonrisa irónica o con un ceño caurro de campesino escarmentado; de uno u otro modo, la moda pasará sin dejar huella y todo seguirá como antes). El análisis de la historia tradicional que me propongo intentar en el próximo epígrafe espero que ayude a comprender mejor el sentido de estos *idola*. ¿Subsiste algo de ellos en la historiografía universitaria española actual? Hoy ya no, seguramente; pero aún subsistía bastante hacia la divisoria del medio siglo, cuando algunos de los que hoy somos profesores llegábamos a la Universidad como alumnos. De entonces acá se ha operado en la Universidad española una intensa renovación, que ha seguido de cerca el mismo cambio vivido a escala más general. Tratar de analizar ese cambio —por vía de contraste, repito— es justamente mi tema.

LA HISTORIA TRADICIONAL. ¿UNA HISTORIA PERICLITADA?

Hacia 1950 todo o casi todo estaba pensado, pero casi todo estaba por hacer. Tanto a escala europea como española, hacia mediados de siglo se percibe la clara divisoria entre una historia tradicional y una *nueva* historia, que están simultáneamente en los libros y en los programas de los cursos universitarios. Llamaré provisionalmente a esta contraposición el paso de una historia *descriptiva* a una historia *analítica* (Simmiand había empleado los términos de “episódica” y “sistemática”, respectivamente): a tratar de analizar una y otra están dedicadas las dos partes de nuestro ensayo. ¿Cómo era esa historia tradicional que los historiadores de los últimos 20 ó 30 años hemos ido haciéndonos a la idea de pensar que ya no es —o ya no enteramente— la nuestra, ni la que podemos enseñar? Un epíteto afortunado de Henri Berr —recordémosle, junto a Paul Lacombe, como uno de los prematuros adelantados de la renovación— la ha caracterizado como la “historia horrorizante”⁽³⁾. La denominación hizo fortuna, y ha llegado hasta hoy para significar un estilo de historia y toda una larga época de la historiografía⁽⁴⁾. Trátemos de convertir el adjetivo en concepto, revistiéndolo de sus connotaciones: historia “historizante” era aquella en la que el historiador, fiel a sus *textos*, pero pasivo ante ellos, se limitaba a relacionar entre sí *hechos* particulares, para describir los *acontecimientos* y los *cambios* políticos o sociales (esto último sólo en el mejor caso), y para *valorar* el papel decisivo y prometeico del *individuo* sobre la masa y sobre la corriente misma de la historia, encarnación del *pensamiento* humano a través de los tiempos (esto último también en el mejor de los casos).

La historia "historizante" no era una improvisación; era una resultante. Aunque la obra de estos historiadores se distinguiese por la pobreza, incluso carencia absoluta, de su teoría, era no obstante la herencia de una teoría, en la que confluían varios comunes antepasados decimonónicos: el realismo ingenuo rankiano; el culto a lo factual del positivismo histórico; el idealismo hegeliano y neokantiano con su primacía de la idea y de lo que parecía ser su directo reflejo en la historia humana (la historia política y la de las ideas, del pensamiento político-filosófico, de la literatura y del arte); la corriente del nacionalismo romántico, que afirmaba su obsesión por la política a la vez que le imprimía una tendencia axiológica; y todavía, ya a caballo entre dos siglos, la poderosa corriente del historicismo alemán y crociano con su concepción de la historia como producto de la voluntad prometeica del individuo creador y como una ciencia de lo singular e irrepetible. Detengámonos brevemente a analizar la influencia de las principales aportaciones de estas ideologías históricas.

1.º **Realismo ingenuo.**—Era la consigna de objetividad que venía de Ranke y de la *escuela histórica* alemana: "Hace ver cómo los hechos ocurrieron en la realidad". ¿No era esta pretensión de Ranke, muy laudable y justificada en su tiempo, como una reacción sana contra las fantasías de la historia idealista y colorista romántica, a lo Chateaubriand? Pero de Ranke fue esto lo único que prevaleció —la cómoda receta de matar al propio observador y confiarse a una tranquila recogida de los hechos documentales, conforme a las escrupulosas reglas del "método crítico" —dentro de lo mucho que había de positivo en el llamado padre de la historiografía moderna.⁽⁵⁾ Ranke tuvo una mediocre descendencia de honestos artesanos aplicados a sus cartularios y a sus legajos de correspondencia diplomática —su material preferido—, dedicados a recolectar críticamente y con toda pulcritud nuevas colecciones de datos para la historia —"con todo detalle, naturalmente"—, con los que poder formar, en el mejor de los casos, series coherentes de acontecimientos en los que los hechos "diesen razón de sí mismos". Historiadores sin ideas, caminantes sin rumbo, conduciéndose a ciegas, a los que Lucien Febvre — ¡todavía en 1946! — tenía que comparar al trapero que escarba en sus vertederos en busca de una pieza interesante, un paño todavía vistoso, un artefacto todavía en buen uso.⁽⁶⁾

2.º **Culto a lo factual y textual.**—La doctrina de Ranke recibió todavía el refuerzo del positivismo científico, con su devoción al hecho sólidamente establecido —*positum*—, y concretamente del positivismo histórico francés, con su vene-

ración del dato documental irrefutablemente probado en los textos. Tomando el rábano por las hojas, los historiadores positivistas se aferraron ingenuamente a los principios gnoseológicos del positivismo comtiano, para el que el único principio del saber era la observación, tanto en las incipientes ciencias humanas, como en las ya consagradas ciencias naturales con su método empírico-inductivo.⁽⁷⁾ “La Historia se hace con textos”, era la fórmula de Fustel de Coulanges, repetida sin distinguos por el preceptista Langlois⁽⁸⁾. Con textos, y no con teorías ni con hipótesis, como muy seriamente advertía el preceptista Seignobos⁽⁹⁾, en el que nos parece escuchar un eco remoto y mal percibido del *Hypothesis non fingo* del gran padre Newton, el creador de la ciencia positiva moderna (quien, por cierto, descaba expresar otra cosa muy distinta). El método era conciso: “primero establecer los hechos, después operar con ellos”. ¿Operar? Pero ¿qué se entiende por tal? Seignobos nos lo ha dicho: agruparlos, ordenarlos, relacionarlos para formar “cuadros de conjunto”, para “describir”, para relatar los “cambios sucesivos”. Basta abrir al azar las amarillentas páginas de su *Método* para espigar multitud de entrecomillados del mismo signo. “Operar” históricamente es para la historia tradicional agrupar conjuntos de hechos críticamente establecidos, para establecer entre ellos relaciones de coexistencia topográfico-temporal, relaciones de precedencia o sucesión cronológica, o a lo sumo —esto ya es más dudoso y problemático— relaciones de causalidad.⁽¹⁰⁾ El positivismo histórico francés, todavía muy vigente en la Francia de entreguerras, produjo así una historia erudita, minimizadora del objeto histórico al identificarlo con los hechos, esos “átomos de la historia”, rigurosamente alimentada de textos y documentos inéditos, y rigurosamente abstemia en el consumo de ideas inspirada en un “santo temor a la hipótesis”.⁽¹¹⁾ Historia positivista es igual a historia de hechos, historia de acontecimientos: historia “episódica” (*événementielle*), para decirlo de una vez con el afortunado término acuñado por Paul Lacombe ya por el 1900, y luego reiterado por François Simmiand y recogido por todos los historiadores posteriores de tendencia o de pretensión “analítica” (si se me permite emplear la antiperístasis).

3.º **Concepción prometeica y política de la realidad social.**—El positivismo histórico convivió, a su vez, y ocasionalmente se alió, con otros vecinos surgidos del fondo común de la filosofía decimonónica y de comienzos de nuestro siglo: el nacionalismo romántico a lo Michelet y Carlyle, exaltador de la historia nacional y del espíritu particular de cada pueblo o nación sobre todas las cosas⁽¹²⁾, y exaltador del culto a los héroes nacionales, que consagró la biografía como género

histórico; la historiografía liberal burguesa a lo Guizot y Macaulay, con su interés reducido al estudio de los regímenes parlamentarios y a justificar históricamente el triunfo del régimen representativo y el gobierno constitucional de la burguesía conservadora⁽¹³⁾; el idealismo hegeliano, cuya influencia historiográfica ha de tenerse en cuenta, sin duda, en cuanto contribuyó a robustecer el mito del Estado como encarnación progresiva de la idea de libertad, y, por consecuencia, como unidad individual de la historia⁽¹⁴⁾; y por último, la poderosa corriente del historicismo alemán que —sin perjuicio de otros importantes aspectos a considerar— contribuyó decisivamente a consagrar el estudio de la historia individual con su visión del *hombre creador* como encarnación del destino de los pueblos y forjador de la gran historia⁽¹⁵⁾. Corrientes diversas, y discordantes entre sí en muchos aspectos, pero que confluían para confirmar al historiador en su fe tradicional —por otra parte cómoda— de que su verdadero objeto era el estudio de los individuos egregios y de los acontecimientos políticos, o más pomposamente, de la evolución política de los Estados: campos hacia los que espontáneamente les dirigía un material sobreabundante en los archivos. Defendiendo el nuevo principio de que la historia es la “obra de los individuos y de los grupos”, Lucien Febvre se lamentaba en 1933 de que la historiografía seguía primando la historia del hombre individual y marginando aquella otra “cuyo sujeto es una humanidad oscura y anónima”. Todavía hoy buenos historiadores, que rinden un culto humanista a su labor, temen a veces el peligro de un “anegamiento del hombre”, ya sea por el arraigo de una historia social y económica en la que prima lo colectivo, ya sea por la difusión de técnicas cibernéticas y de cuantificación aplicadas a la historia, para resolver problemas en los que la onomástica individual no encuentra cabida. ¿No es este sentido *humanista* de la historia —así entendido el término— un eco tardío del historicismo, con su desviación temática hacia el *hombre en sí*, el hombre individuo, en perjuicio del *hombre en sociedad*, el colectivo humano, no menos justamente histórico? ¿Es menos humanista la historia del hombre anónimo que trabaja, y que lucha, y que sufre y que muere? La elección arbitraria de la historia individual y heroica semeja en mucho a los valores arbitrarios de la crónica deportiva de nuestros días: al cabo de recorrer, en tiempos inverosímilmente cortos y con el sólo impulso de su pedaleo humano, millares de kilómetros, ascendiendo sin transición en una sola jornada de las tórridas planicies mediterráneas a las brumosas cumbres alpinas, los héroes de nuestros *tours* de cada año caen inmediatamente en el silencio del olvido: de todos ellos sólo un privilegiado sube

al *podium* de la efímera fama, contando por toda diferencia a su favor apenas unas decenas de minutos. Si los defensores de la historia humanista encuentran frívolo este ejemplo, podemos transferirlo por analogía a campos más habituales de la historia heroica: Cortés y sus compañeros de expedición, Mío Cid y su hueste, Garibaldi y los mil... Con más erudición y mejor acierto, alguien podría buscar los mismos ejemplos en el campo de la historia política y parlamentaria. Y como los individuos cuya historia se escribe suelen ser por lo general políticos y dirigentes, la historia individual reforzaba la historia política. Política por doquier: ya se ofreciese en la forma más basta de los mediocres relatores de la crónica parlamentaria o de la "historia-batallas"; ya se brindase en la forma, generalmente retórica y brillante, de los políticos pragmáticos de la historiografía liberal; ya se entendiese en la forma pretendidamente sublimada —y ocasionalmente difusa— de los idealistas que perseguían en la evolución política el progreso de las ideas. Pero ¿era la política sola la vida entera de los hombres? ⁽¹⁶⁾ Y hay todavía otro aspecto que no debe silenciarse. La historia individual y biográfica, con sus inevitables tomas de posiciones en los pleitos entre los César y los Pompeyos, y la historia política con sus romanos y sus cartagineses, al servicio de la exaltación nacionalista o en defensa de tesis preconcebidas o de posiciones de partido, degeneraban inevitablemente en axiología: de este lado el amigo, al otro lado de la raya el enemigo; aquí los vencedores, allá los vencidos. ⁽¹⁷⁾ Juzgar era más fácil y más cómodo que comprender: para lo primero el historiador podía tomar posiciones sin cambiar sus propios juicios valorativos y los de su tiempo; para lo segundo era preciso nada menos que desplazarse al meollo y al corazón del pasado. Marc Bloch ironizó sobre los historiadores axiólogos, comparándolos con extraños químicos de laboratorio que clasificasen los gases según su toxicidad: "a un lado el gas malo, como el cloro; al otro lado el gas bueno, como el oxígeno". ⁽¹⁸⁾ Entre las diversas transformaciones experimentadas por la historia en las recientes décadas, ¿se contará felizmente la de la supresión del cuerpo de los historiadores-jueces? No estemos tan seguros de ello. El historiador, por desgracia, deberá hallarse prevenido contra un peligro nuevo, que me parece muy real de nuestro tiempo: el retorno de la tendencia axiológica bajo una forma distinta y más sutil, la de la obra ideológica o historia de tesis (política o metafísicopolítica, naturalmente).

4.º **Apoteosis de lo singular e irrepetible.**—Este fue, por último, el legado más decisivo del historicismo y del idealismo neokantiano a los historiadores de oficio, en el momento mismo en que los más despiertos de ellos comenzaban a

plantearse serias dudas sobre la validez teórica de los presupuestos de la "escuela histórica". Desde los últimos años del siglo, y bajo las agresivas incitaciones de la sociología comtiana y durheimiana, algunos historiadores (Kurt Lamprecht, Paul Lacombe, los historiadores de las instituciones tras la huella de Savigny) comenzaron a plantearse el problema de la posibilidad de existencia de una ciencia de lo singular e irrepitable, como postulaban el idealismo y el historicismo, en particular este último con su doctrina de la experiencia histórica acumulada sobre el pensamiento humano por la ineludible "huella del acontecer". La protesta "humanista" contra los intentos prematuros de aproximar el conocimiento histórico a los principios de las otras ciencias no se hizo esperar.⁽¹⁹⁾ Los historicistas, entre ellos Dilthey, reaccionaron contra la pretensión del positivismo científico de determinar y deducir el concepto de ciencia en base al patrón de las ciencias naturales, para decidir luego sobre ese patrón cuáles actividades cognoscitivas merecerían el rango de ciencia. La afirmación de que conceptos como los de regularidad, legalidad y determinismo deben permanecer ajenos a la ciencia histórica, porque han nacido en el seno de las ciencias físiconaturales por exigencias propias de su objeto, se convirtió en una constante del pensamiento historicista, que en todas sus variantes nacionales subrayaba no sólo la *singularidad*, sino también la *temporalidad* (entendida frecuentemente como fugacidad) del objeto histórico, así como la *subjetividad* de su variable aprehensión por el historiador de cada época. Pero aún más que los historicistas fueron los neokantianos de la Escuela de Baden, Windelband y Rickert principalmente, quienes ya desde 1894 emprendieron la fundamentación teórica de las ciencias del espíritu como ciencias de lo singular e irrepitable, frente a la pretensión naturalista de exigirles regularidades de sentido análogo al de las leyes de la naturaleza física, con el propósito confesado de "hacer un sitio a la historia como saber científico". Los neo-kantianos se enfrentaron con el tradicional principio aristotélico de que no puede haber ciencia sino de conocimientos universales o generales, estableciendo a su vez la distinción, desde entonces clásica, entre ciencias *naturales* y ciencias *culturales*, con objetos y métodos de opuesta naturaleza y que no guardan nada en común.⁽²⁰⁾ De aquí la conocida distinción entre ciencias *nomotéticas*, que se ocupan de lo abstracto y general, y cuyo método es el generalizador propio de la ciencia natural, y ciencias *ideográficas* que se ocupan de lo concreto individual, y cuyo método es el individualizador propio de la ciencia cultural. Los límites de este ensayo no nos permiten señalar las vaguedades y contrasentidos en que incurren los teóricos

neo-kantianos, en particular sobre la obra de Rickert, más elaborada y sobre todo más difundida que la de su maestro y predecesor en la cátedra de Baden.

Toda persona medianamente familiarizada con los elementos de la epistemología comprende sin dificultad lo que se entiende por conceptos generales de la ciencia fisiconatural. Pero ¿qué ha de entenderse realmente por concepto singular, objeto final del conocimiento histórico según los postulados de la escuela neo-kantiana? La expresión o descripción de una singularidad, llámese Martín Lutero, Santa Alianza o galeón de Manila, ¿puede definirse propiamente como concepto, al menos científico? El mismo Rickert se ve forzado a reconocer que estos conceptos "rara vez son expuestos, como los conceptos universales, en fórmulas o definiciones abstractas" y que son más bien imágenes mentales individualizadoras, formadas de "materiales intuitivos".⁽²¹⁾ Rickert admite con razón que "la mera descripción de lo singular no es ciencia" y por ello emprende la tarea —a mi juicio imposible— de crear una nueva forma de "conceptuación individualizadora" o de lo singular como una necesidad científica para la historia, pero su obra no parece resolver en momento alguno esta contradicción fundamental. La epistemología de la escuela de Baden condujo de este modo el conocimiento histórico durante varias décadas a un callejón sin salida; y como era de esperar, el problema de la "historia ciencia de lo singular", que durante décadas pareció zanjado, hubo de ser replanteado nuevamente en la atmósfera inquieta y revisionista de nuestro horizonte historiográfico próximo. Más adelante volveré sobre ello. Es difícil para nosotros comprender por qué caminos llegó hasta los historiadores de oficio de su tiempo la influencia teórica de los neo-kantianos, como la de los idealistas e historicistas, que eran en general —salvo excepciones como la de Croce— filósofos de la historia más que historiadores de oficio. Mas no debemos creer a estos últimos enteramente ignorantes del movimiento intelectual de su tiempo, y menos en aquellas cuestiones más concernientes a su profesión. La tesis neo-kantiana —la historia ciencia de lo singular—, lo mismo que la doctrina historicista —la historia ciencia de la evolución y del cambio, y la primacía del pensamiento humano encarnado en la actividad prometeica del individuo creador—, contaban además a su favor con la condición más favorable para su rápida y gustosa aceptación por los historiadores: eran doctrinas elaboradas a la medida del trabajo histórico tal como venía desarrollándose a partir de Ranke, y no exigían cambio alguno en los postulados ni en la práctica de la "escuela histórica". En todo caso, el hecho es claro: la obra de los historiadores tradicionales se atuvo a esta doctri-

na, que confirmaba su fe en la validez de su trabajo histórico o coincidió espontáneamente con ella; y la doctrina prevaleció en los tratados teóricos sobre la ciencia histórica durante toda la primera mitad de nuestro siglo al menos.⁽²²⁾ Sería fácil demostrar con algunas citas textuales, si el espacio nos lo permitiera, que esta doctrina de base rankiana, idealista, historicista y neo-kantiana era la que prevalecía en los tratados teóricos que han formado la mentalidad de los historiadores —españoles o no— de la primera mitad de nuestro siglo.⁽²³⁾ Estas eran las ideas historiológicas que encontramos en la Universidad los hombres que llegamos a sus aulas poco antes de 1950; éstos eran los principios vigentes que habían conformado, lógicamente, la doctrina histórica de nuestros maestros; y estos mismos eran los libros doctrinales que era necesario manejar para modelar nuestra incipiente mentalidad histórica, los mismos de los que se han nutrido infinito número de *Memorias* de opositores a la docencia oficial. Pero podríamos poner todavía ejemplos más recientes en los que de alguna manera subsiste todavía el epigonismo de estas doctrinas, si bien no sea en su estado puro. Libros de gran circulación entre los historiadores prolongan hasta nuestros días la tradición idealista germánica de la historia como conocimiento del pensamiento humano en el tiempo o “autognosis de la mente humana”; la concepción subjetivista-individualista del historicismo crociano; la idea de la historia como ciencia de lo singular, o bien, más matizadamente, “de la relación entre lo particular y lo general”; y la perduración de la doctrina historicista sobre el conocimiento histórico como series de fenómenos particulares manifestados en sucesiones irrepetibles, en las que el intelecto agente del historiador debe descubrir el género de explicación particular que consiste en revelar la conexión temporal-causal entre conjuntos de hechos “dotados de una interna articulación”.⁽²⁴⁾

Exponer y hacer ver cómo los hechos sucedieron en la realidad; agruparlos en conjuntos de tal modo que los hechos mismos den razón de los hechos; atenerse a los resultados empíricos de las fuentes, obligando al historiador a “matar su propio yo”; rechazar explícitamente toda pretensión de descubrir leyes históricas en cualquiera de las acepciones de esta palabra; admitir en consecuencia que en la historia no cabe otra explicación que la que hace el historiador al narrar los acontecimientos o las vivencias de los personajes. Por solemnes que fueran las proclamaciones de su pretendida historia *genética*, la historia clásica se condenaba a sí misma a ser poco más que una narrativa, un relato de acontecimientos: “lo que era antaño —en expresión brodeliana— una pequeña ciencia de la contingencia, del relato particularizado”. Al

historiador no le quedaba otra cosa que el descubrimiento de los hechos en los archivos y su exposición relatada, una especie de periodismo retrospectivo. Mientras tanto la sociología durkheimiana se anexionaba el trabajo de los historiadores, como proveedores de materiales empíricos, reservándose para sí todo lo que entre los hechos empíricos era susceptible de un análisis racional, de la elaboración de una teoría sobre los fenómenos alumbrados por el historiador, esa rata de biblioteca. Braudel se ha referido reiteradamente a la dificultad que encuentra —todavía hoy, por supuesto— la historia para entrar en el “mercado común de las ciencias del hombre”, derivada de esta situación largamente arrastrada, y del clima de incompreensión de los sociólogos, los economistas o los antropólogos sociales, que al hablar con el historiador actual, incluso cuando hablaban a un Lucien Febvre, creen seguir hablando con Seignobos.

Nuestro análisis de los contenidos intrínsecos de eso que, para diferenciarlo de otra nueva manera de historiar y de enseñar la historia, se conviene en llamar historia clásica, tradicional o “historizante”, nos ha llevado tal vez demasiado lejos. Dados los límites de este ensayo, quizás ello sea en detrimento de la segunda parte de nuestro trabajo. Pero me ha parecido útil hacerlo así, para proceder —por vía de contraste, ya lo he dicho— a distinguir cuándo y bajo qué supuestos una enseñanza universitaria de la historia podría considerarse actual— o algo próximo a eso —y cuándo y bajo qué supuestos podría considerarse desfasada. ¿Desfasada, periclitada? Hay el peligro de incurrir en condenaciones demasiado rápidas, demasiado simplistas. Quisiera tener tiempo y espacio para relatar mis propios temores de “historiador en la encrucijada”: el temor de sacrificar demasiado a un ideal todavía no alcanzado, el temor de precipitarse a incendiar la vieja morada incómoda antes de tener construido el nuevo edificio. Pero estos dos temores, me temo, tendrían que ser materia de otro ensayo.

HACIA LA DEFINICION DE UNA NUEVA HISTORIA. ¿UNA EMPRESA DEL PORVENIR?

Hacia 1950 o poco antes, en los primeros años de la postguerra, todo estaba pensado y dicho; pero casi todo estaba por hacer. No sería justo sin embargo olvidar la obra pionera de algunos precursores, como los esfuerzos reunidos en “La evolución de la humanidad” inspirada por Henri Berr, y sobre todo, la obra renovadora de Ernest Labrousse, cuyo máximo timbre de gloria es el de haberse anticipado varias décadas a

su propio tiempo.⁽²⁵⁾ A partir de la postguerra, la obra de renovación histórica emprendida, bajo la dirección conceptual y práctica de Lucien Febvre, Fernand Braudel y otros grandes historiadores, ha significado ya un cambio profundo en apenas treinta años, que afecta tanto a la teoría como a la realidad de nuestra ciencia; aunque pienso que los grandes frutos de esta transformación pertenecen al inmediato futuro. El liderazgo de la renovación histórica que ha asumido la escuela histórica francesa resulta difícil de ignorar y parece universalmente reconocido. Los grandes trabajadores del comienzo (M. Bloch, L. Febvre, E. Labrousse, R. Mousnier, A. Piganiol, J. Meuvret, P. Goubert, E. Le Roy Ladurie, entre otros) ha sido en algunos casos renombrados hispanistas (F. Braudel, M. Bataillon, P. Vilar, P. Chaunu, B. Bennassar y otros); pero a ellos hay que añadir el incontable ejército de los más jóvenes que hoy prolongan la labor en direcciones cada día nuevas y más creadoras. Su capacidad de dinamismo y de encontrar cada vez un nuevo filón histórico es precisamente lo que nos hace pensar que los grandes logros se avizoran hacia el horizonte del porvenir. Ha sido un historiador inglés de nuestro tiempo quien afirmó que la escuela francesa estaba llamada a asumir en este siglo el rol directivo y creador que correspondió en el XIX a la escuela histórica alemana. Yo pienso que los historiadores españoles, que nos contamos entre los más beneficiados de esta aproximación de la antorcha histórica a las riberas del Mediterráneo, viejo lar de la cultura, no podemos sino felicitarnos de esta momentánea traslación del liderazgo al mundo latino, aunque no más sea por la facilidad idiomática que ello nos comporta. A esta facilidad idiomática atribuyo el hecho de que la huella de la historia francesa sobre la española haya sido en poco tiempo —poco más de una década, a decir verdad— mucho más intensa de lo que fue en su día la de la historiografía alemana. Quizás esta afirmación pueda parecer precipitada, si se mira hacia las generaciones más maduras de los historiadores españoles; no lo es, si se mira con visión de futuro, hacia las de los más jóvenes que en estos años están llegando a la docencia oficial.

El comienzo del nuevo impulso podría situarse entre 1946⁽²⁶⁾ y 1949⁽²⁷⁾. El congreso de 1950 fue la antena emisora de los nuevos principios hacia otros países; entre ellos el nuestro, en donde son recibidas con un gran sentido de la actualidad, pero con poco arraigo en un primer momento: es normal, las nuevas ideas germinan despacio, y suelen dar fruto cuando la generación de los discípulos toma el relevo.⁽²⁸⁾ Creo posible subdividir —no sin cierta arbitrariedad y sin riesgo de inexactitud— los treinta años que van

de 1945 a 1975 en tres decenios con personalidad propia (aunque los años límites, 1955, 1965 y 1975, no se entiendan como topes inflexibles, y del último nos falta perspectiva para saber si es realmente un final de etapa). El primero es el decenio de la reorganización, en que se recoge el mensaje de los precursores y se colocan los conceptos de base. El segundo es el decenio de la gran difusión de los nuevos principios conceptuales, y sobre todo de la multiplicación de las grandes tesis. El tercero es el de las grandes transformaciones metodológicas en las técnicas del oficio. Así es como yo lo veo, con riesgo de equivocarme. La extensión que va alcanzando ya este ensayo no me permitirá detenerme cuanto quisiera en cada una de estas tres etapas de una misma carrera; ello podrá dar lugar a otro trabajo, que en algún momento espero hacer. Aquí podré reducirme a algunas alusiones breves, beneficiándome de los conceptos ya aparecidos en los ensayos publicados por otros compañeros; en el momento de redactar estas líneas, conozco solamente algunos de ellos, pero de otros que todavía no conozco tengo motivos para pensar que incidirán en las mismas ideas.

1.º **El decenio de la reorganización.**—En mi opinión, los cambios significativos en el decenio de la inmediata postguerra afectan a una triple dimensión: reflexión epistemológica; descubrimiento de las bases estructurales y geohistóricas; ampliación del concepto de hecho histórico y de tiempo histórico. En el principio está la reflexión sobre la esencia misma y la actividad cognoscitiva de la historia, que arranca ya de atrás.⁽²⁹⁾ Esta reflexión epistemológica se dirige en un sentido antipositivista —y antirankiano— para primar la participación del pensamiento teórico en el trabajo del historiador: la sustitución de la historia-relato por la historia-problema, producto de una actitud inquisitiva previa de la necesidad de saber del historiador. El historiador pasivo ante los documentos será suplantado por el historiador que construye su objeto guiado por un pensamiento teórico —las famosas “hipótesis” de Febvre— y para el que los hechos son sólo “clavos en los cuales se cuelgan las teorías”: quizás este giro epistemológico, en el que se transparenta el *subjetivismo selectivo* entonces vigente en Poincaré, en Eddigton y en otros científicos positivos de la época, haya sido la mayor aportación de Bloch y de Febvre a la renovación del pensamiento historiográfico. Ahora bien, lo que todavía no quedará claro es la fuente de procedencia de esa teoría engendradora de “hipótesis”, que con los años iría llegando lentamente con la ayuda de otras ciencias humanas, pero que en principio tan sólo se proclama como una necesidad y se confía a la propia iniciativa, a la inteligencia despierta, y a la cada día

más exigente formación del historiador.⁽³⁰⁾ En estos mismos años, el descubrimiento de las bases estructurales y permanentes de la vida histórica y de las sociedades —y dentro de ello el papel condicionante o limitador del medio— fue la genial aportación de Braudel.⁽³¹⁾ A través del “posibilismo” geográfico de Vidal de la Blache y de Febvre, integra así la geografía en la historia, como más tarde intentará hacer con la sociología, y como muchos años antes Labrousse había hecho ya con la economía y la estadística: “coyundas típicamente francesas”, en frase de Chaunu, como la anglosajona lo será luego con la antropología. La primera parte de la *Méditerranée* de Braudel significa la aparición consciente en la historia de esa dialéctica del hombre y del medio geográfico, en la que el primero no se rinde ante el segundo —rechazo explícito del determinismo ratzeliano— sino que pacta con él en un cierto sentido: así se convierten ciertos desiertos en vergeles buscando el agua en profundidades subterráneas o acarreándola desde sus lejanas fuentes; así se hace hábitat humano de las llanuras secas y desnudas luchando contra la penuria del agua, de la leña y de la madera; así se resuelve la necesidad de navegar para beneficiarse de las complementariedades mutuas de un mar sembrado de islas y riberas de producciones diferentes, en lucha contra la falta de maderamen y tripulaciones; así van venciendo las limitaciones de la navegación estacional, aunque pagando cara cada victoria del hombre sobre el mar invernal. “De un lado el obstáculo natural, del otro el esfuerzo del hombre, que lo contrarresta, pero plegándose a él”. A esta tensión cotidiana y eterna, en la que el hombre y su medio se funden estrechamente, y en que la geografía se hace historia viva, es a la que el propio Braudel bautizó felizmente como *geohistoria*⁽³²⁾. Pero ésta es sólo una de las dimensiones de la nueva historia estructural, que se preocupa de establecer todas las relaciones estables y profundas entre los hombres y las cosas o de los hombres entre sí; y para la cual el mayor mérito de la obra de Braudel sería el de haber señalado el modelo a seguir por otros muchos estudios posteriores (algunos de menor radio, y por ello mismo de cuestionario más completo). Estas estructuras profundas, en las que se trata de integrar la totalidad de lo social —la civilización material, las economías, las mentalidades, las arquitecturas sociales, las instituciones, todas las formas de vida colectiva—, se superponen en tres planos de diferentes profundidad y estabilidad. En la base, las fuerzas permanentes de lo geohistórico ya aludidas. En el medio, las fuerzas impersonales de lo social colectivo, de las relaciones entre los grupos humanos, una historia social en el más amplio sentido: los cuadros de vida de unas poblaciones rudimentarias que

viven en circuito social cerrado, la multiplicidad de las economías de subsistencia apenas conectadas con la economía-mundo de los privilegiados; las complementariedades interregionales de las cosechas cerealeras según los azares de la climatología, o en direcciones de sentido único rígidamente establecidas, según los casos; la complementariedad entre los lavaderos de lana castellanos y los talleres florentinos; las emigraciones de mano de obra especializada de las ciudades italianas superpobladas a las ciudades sumidas en el atraso técnico, o las emigraciones estacionales y cíclicas de los montañeses a la llanura sedienta de mano de obra barata; las relaciones matrimoniales de una nobleza urbana empobrecida con las hijas de los ricos comerciantes burgueses; las perduraciones del viejo feudalismo mediterráneo en el marco de las relaciones señoriales, etc. etc.⁽³³⁾ Y en la superficie los acontecimientos, frecuentemente más condicionados de lo que parece por aquellas bases profundas sobre las que se asienta la historia consciente de los hombres onomásticos, y que Braudel relega a la parte final de su obra: la caída del fuerte de Djerba porque el agua de los sitiados se agotó antes que los víveres de los sitiadores; y al contrario, el fracaso turco ante Malta por las dificultades del abastecimiento desde Constantinopla y por la aparición del hambre y la peste entre los sitiadores... Esta transcendental ampliación de lo histórico hacia las relaciones hombre-medio y hacia los amplios marcos estructurales estables, exigía la consiguiente ampliación de los conceptos de tiempo histórico y de hecho histórico. La ampliación del concepto de hecho histórico se verifica en un doble sentido, material y formal: material, al rebasar los limitados cuadros de la historia tradicional en dirección a lo cotidiano, lo colectivo, lo material, las mentalidades, las civilizaciones...⁽³⁴⁾; formal, al completar el acontecimiento aislado y singular por el hecho típico y de repetición, como la fijación anual de los precios de los granos por las autoridades urbanas para el pago de las rentas, o como las "obligas" anuales de los asentistas para el suministro de carne a las ciudades, o como los arriendos anuales de los diezmos por las instituciones eclesiásticas, etc. etc.⁽³⁵⁾ Y por último, lo más esencial del aporte brodeliano, la ampliación del concepto de tiempo histórico. Rebasar la política y el acontecimiento equivale a rebasar el tiempo efímero, la corta duración de la historia política y tradicional, tiempo no a la medida del hombre sino del individuo, "el tiempo por excelencia del cronista, del periodista". El tiempo de la historia de estructuras —materiales, mentales, sociales, de las civilizaciones— es por esencia la larga duración.⁽³⁶⁾ ¿Y todavía la "media duración", el tiempo económico, más corto que el tiempo

social, pero menos efímero que el tiempo individual y político? No puedo detenerme a discutir aquí el necesario encaje de este otro ritmo fundamental y decisivo —baste con recordar las obras de Labrousse—, que en la obra de Braudel no aparece claramente integrado, y es no obstante otra de las conquistas del nuevo y diverso tiempo histórico: la integración de la coyuntura.

2.º **El decenio de la aproximación a las Ciencias Sociales.**—En los diez años posteriores a 1955 el fenómeno más visible fue la multiplicación de las grandes monografías ejemplares —francesas sobre todo, pero ya no únicamente—, a cuya mención exhaustiva no habría lugar. Baste con recordar al azar tres grandes monografías regionales de historia estructural-coyuntural modelos en su género: el *Beauvaisis* de P. Goubert, el *Languedoc* de E. Le Roy Ladurie y la *Baja Provenza* de R. Baehrel. Y como no, otras tres grandes monografías regionales españolas, que han ejercido una influencia difícilmente valorable en la formación de historiadores y alumnos: en primer lugar, la *Cataluña* de P. Vilar, y a su lado la *Sevilla atlántica* de P. Chaunu y la *Valladolid* de B. Bennassar. Por estos años aparecen también las monografías de los historiadores ibéricos formados en la escuela brodeliana (Felipe Ruiz Martín, Valentín Vázquez de Prada, José-Gentil Sa Silva, Victorino Magalhaes Godinho, Alvaro Castiello), sin contar a los italianos (Ruggiero Romano, Alberto Tenenti, Alberto Caracciolo) o a los hispanoamericanos (Alvaro Jara, Enrique Florescano); y sin olvidar la interesante veta de la historiografía polaca, la más innovadora sin duda de la Europa oriental, y muy ligada a los conceptos de la escuela francesa. Debo manifestar que los mencionados son sólo algunos nombres recordados al azar, y que son muchos más los que olvido. Para lo que a España se refiere, ésta es, en lo fundamental, esa “expansión de los años sesenta”, producto de la intensificación de los contactos metodológicos con Europa, a que se ha referido en su ensayo José María Jover.

Pero además la historia estructural y analítica continuó afirmándose en una triple dimensión: sentido vital y conciencia del presente; afirmación de la conciencia nomotética; integración en las Ciencias Sociales. La historiografía de esta época —y de modo especial la docencia universitaria, urgida por la presión en las aulas de una juventud inquieta— ha tratado de hacer realidad el lema de Marc Bloch: *explicar el presente por el pasado, explicar el pasado por el presente*. El primer término del binomio no era más que conservar el legado del historicismo en su faceta más positiva y perdurable, la de la continuidad solidaria del proceso histórico y la “huella del acontecer”. El segundo término tenía también

precedentes crocianos, en la famosa afirmación de Croce de que toda historia es en rigor historia contemporánea. Pero nunca como ahora se vivió esta creencia y esta necesidad. Para el historiador de ahora, el presente influye sobre la comprensión del pasado de tres maneras decisivas: suscitándole interrogantes, seleccionando los temas cuyo interés vital moviliza al historiador, y proporcionándole hipótesis y claves interpretativas del pasado surgidas de su propia vivencia y experiencia inmediata. El fenómeno se advierte por doquier, y es una de las notas perdurantes y actuantes sobre la labor del historiador y del docente universitario. Me es forzoso referirme una vez más al ensayo de Jover, en el que ha subrayado la dependencia de la historiografía de una década respecto al clima social en que se mueven los historiadores y al desarrollo socio-cultural de su tiempo. Esta es la razón de que la historiografía española de estos años se identifique cada vez más, como él dice, con "una concepción de la historia de España como historia del pueblo español y de que su temática se identifique también con "la temática del español que va por la calle". Es, por supuesto, el caso particular de un fenómeno general más amplio, vivido, una vez más, no a escala de nación sino a escala de civilización.

Afirmación de la tendencia nomotética: aunque no me es posible detenerme en el asunto con la profundidad que quisiera, es forzoso señalar que en este decenio la historia ha vuelto a replantear el problema que creyó dejar resuelto, en sentido negativo, la Escuela de Baden. No sólo por las necesidades teóricas, de acomodarse al modo de conocimiento que es propio de todas las ciencias, sino también por la razón práctica que ya he denominado economía del conocimiento y vértigo ante el *atomismo* cognoscitivo de los puros encadenamientos de hechos singulares. Braudel ha sido uno de los primeros en plantear la necesidad de una cierta "tipificación", y lo que ello trae consigo, "un cierto vocabulario de base": una tipificación, por supuesto, no rígida ni intemporal, sino cambiante y adaptada a las diferentes etapas y circunstancias históricas. Braudel cree haber encontrado esta posibilidad en la teoría de los *modelos* de las Ciencias Sociales, con los que se pretende formar una imagen clara y coherente de la realidad social capaz de ser vehiculada a través del tiempo y del espacio para aplicar a diversas realidades empíricas análogas. En todo caso —y sin perjuicio de que algunos de los modelos históricos invocados por Braudel puedan haber sido defectuosamente elegidos, por constituir más bien "tipos ideales" en el sentido weberiano de la palabra que auténticos conceptos generalizadores⁽³⁷⁾ — la construcción de modelos, o conexiones fijas entre aspectos de

la realidad social mutuamente relacionados que permitan esbozar un sistema de explicación, parece afirmarse —siquiera con ciertas reservas, que no tengo posibilidad de discutir ahora— como una de las posibilidades, entre otras, de la nueva tendencia a la elaboración de conceptos generalizadores. En cuanto permita establecer sistemas coherentes de relaciones solidarias, estrechas y constantes —y sobre todo una y otra vez empíricamente demostradas! — entre realidades simultáneas o entre aspectos de una misma realidad social, el modelo histórico, prudentemente utilizado, debe servir para lograr esa economía de conocimientos superadora del atomismo cognoscitivo que es condición esencial del conocimiento científico. La necesidad es crecientemente sentida.⁽³⁸⁾ Por supuesto, lo que se postula no es más que el tipo de regularidad histórica que no es lícito sobrepasar: la averiguación de posibles leyes *relativas* y flexibles, de un grado de seguridad no necesariamente determinista, y sobre todo, de validez limitada, sólo aplicables dentro de un contexto espacio-temporal definido; jamás de leyes con la pretensión de universalidad e inflexibilidad de las leyes físicas.⁽³⁹⁾ Historiadores de diversas tendencias se muestran unánimes en esta necesidad: algunos ciertamente desde posiciones deterministas⁽⁴⁰⁾; los más desde posiciones simplemente “posibilistas”; o bien, introduciendo oportunas distinciones entre el contenido determinístico y el indeterminístico de la historia, para reservar algunos campos en los que la regularidad pueda ser legítimamente perseguida y observada, dentro de las limitaciones antes señaladas.⁽⁴¹⁾

Y por último, integración de la Historia en el marco de las Ciencias Sociales, tema cuya actualidad e interés se han puesto de relieve en el congreso de 1970.⁽⁴²⁾ Braudel, el más sociólogo de los historiadores, ha dirigido esta ofensiva de aproximación a la sociología. Es tal vez el resultado de una feliz limitación ya que a Braudel se le reprocha en ocasiones falta de formación económica profunda gracias a la cual el genio brodeliano ha logrado aproximar considerablemente estas dos disciplinas hermanas. Braudel llega a veces a identificarlas, a causa de su objeto común y de su problemática común: abarcar la totalidad de lo social.⁽⁴³⁾ Tal identificación excesiva —y simplemente accidental en el pensamiento de Braudel y de los historiadores sociólogos— ha provocado lógicas respuestas del lado de la sociología contra un nuevo y supuesto “imperialismo” de la historia. ¿El territorio subdesarrollado de antaño pretende ya erigirse en potencia colonialista? Hasta el más historicista de los sociólogos, Gurvitch, ha salido en defensa de la autonomía de campos, aunque para hacerlo —en razón de la dificultad de separación de estas

hermanas siamesas— haya tenido que apelar a criterios de clasificación ya anticuados y burdos, acantonándose todavía en la vieja idea historicista de la historia como ciencia de “lo irrepensible e irremplazable”, y oponiendo vanamente el método *tipológico* de la sociología al método *singularizador* de la historia.⁽⁴⁴⁾ La idea de que lo propio de la sociología es lo que se repite y lo propio de la historia lo irrepensible, no puede ya menos de hacer sonreír hoy. En todo caso, una *entente* ha ido surgiendo de las discusiones entre sociólogos e historiadores, fundada sobre las siguientes bases de acuerdo provisional: comunidad de objeto, al ocuparse ambas disciplinas de la totalidad de lo social en una visión integradora y globalizadora de la realidad social en todos sus aspectos mutuamente solidarios; comunidad de método, al emplear ambas disciplinas el método tipológico y comparado; particularidad de perspectivas, al oponer el mayor *continuismo* de la historia al mayor *discontinuismo* de la sociología, lo que significa que el sentido del tiempo y de la duración es la perspectiva particular de la historia que le permite —en su caso y cuando procede— observar la continuidad de los encadenamientos causales, mientras la sociología prescinde más frecuentemente de este punto de vista; un cierto reparto de buena vecindad de los campos de labor, aunque con servidumbre de paso, pues si bien el historiador se ocupa ocasionalmente del presente, en general “lo estudia poco y mal” (Braudel), y si bien el sociólogo necesita transitar con frecuencia por el pasado para llegar a las fuentes remotas, lo hace generalmente de la mano del historiador que conoce los senderos; complementariedad e implicación mutua, ya que repetición y duración de un lado, duración y dinamismo del otro, “son herramientas que todos pueden utilizar” (Braudel). Historia y sociología parecen haber llegado a un acuerdo provisional de trabajo sobre la base, no de su absoluta identidad, sino de su *complementariedad dialéctica y reciprocidad de perspectivas* (Gurvitch), que les permite sustituir el recelo de “imperialismo” por el acuerdo de un “duunvirato fraterno”.

3.º **El decenio de la revolución metodológica.**—Últimamente la historia parece conformarse —al menos temporalmente— con los conceptos establecidos en los veinte años precedentes sobre su naturaleza y su epistemología. De ahí que, a mi modo de ver, los últimos diez años hayan sido sobre todo de afinamiento y enriquecimiento de sus métodos de trabajo. Y aunque, como en todo lo demás, estamos tan sólo en un comienzo cuyos logros sólo podrán valorarse en un futuro próximo, este enriquecimiento de métodos se presenta a su vez en una triple dimensión. Apenas haré otra cosa

que mencionarlas, porque este ensayo debe tocar ya a su fin: cuantificación, interdisciplinaridad, planificación del trabajo. Debo recordar una vez más, sin embargo, que los principios no son en absoluto nuevos, y que la única novedad puede estar en el énfasis con que legiones de trabajadores se han puesto a la tarea de realizarlos y de enriquecer cotidianamente el dominio de la historia y el trabajo del historiador. Sobre la cuantificación ¿basta con recordar que la obra matriz que crea la estadística histórica aplicada data de 1933? Sobre la interdisciplinaridad ¿recordaremos el "manifiesto" de 1946 para los nuevos *Annales*, en que se soñaba ya con investigaciones de vastos equipos complementarios de economistas, sociólogos, científicos positivos, técnicos, etc., trabajando al servicio de investigaciones programadas y dirigidas por el historiador? En estos mismos ensayos López Piñero ha postulado igualmente su necesidad insoslayable, a causa de la natural limitación de cada historiador particular, en el caso concreto de la historia de la ciencia (o de las ciencias), conjunto de disciplinas especializadas o por lo menos de especialistas cualificados, que forman parte igualmente del amplio marco de la *historia total* ⁽⁴⁵⁾. La interdisciplinaridad es el simple reconocimiento de las nuevas exigencias que se le plantean a la historia como consecuencia de su nueva pretensión de asumir la totalidad de lo social. "La vida es demasiado corta —ha dicho Braudel en 1960— para permitir a cualquiera de nosotros la adquisición de multitud de competencias. El economista continuará siendo economista; el sociólogo, sociólogo; el geógrafo, geógrafo". Y el historiador ¿cómo podría ser por sí solo todas esas cosas, y todavía muchas más, sin la colaboración interdisciplinar? Sobre la planificación del trabajo, objetivo de los *Annales* desde su reorganización de 1946, ¿basta con recordar el alegato de Febvre en 1949, en que frente a la gran tesis de Braudel, "obra maestra artesanal" de un solo hombre, opone para el futuro un programa de investigaciones colectivas, llevadas a cabo en auténticos "laboratorios de historia", que organicen y realicen "encuestas bien concertadas" por medio de equipos compenetrados y diestros bajo la iniciativa de jefes de equipo capaces de concebir y programar?

Algo de todo esto hemos comenzado a ver ya en el último decenio, aunque sin duda mucho menos de lo que nos reserva el venidero, debemos confiar en ello. La cuantificación ha trabajado prodigiosamente en el campo de lo que Chaunu ha denominado historia *serial* o cuantitativa "al primer nivel", y los ejemplos en este terreno abrumarían por su número y su peso cualitativo ⁽⁴⁶⁾; ha debutado en el cuantitativo "al segundo nivel" o el anglosajón de la *New Economic History*,

aunque algunos opinan que más al servicio de la econometría que de la historia social⁽⁴⁷⁾; y osa ya atisbar la perspectiva de un cuantitativo "al tercer nivel", en el que asuma, junto a los temas económicos y demográficos, los infinitamente más complejos de las estructuras sociales, las mentalidades colectivas y los sistemas de civilización⁽⁴⁸⁾. En este decenio el ordenador se ha convertido por doquier en un instrumento de trabajo familiar a los historiadores.⁽⁴⁹⁾ La interdisciplinariedad, tan necesaria cuanto difícil de llevar a la práctica en los cuadros actuales de la investigación y la docencia, ha comenzado, aunque sobre todo han sido los propios historiadores quienes han asumido la tarea de asimilar las nociones indispensables de las nuevas "ciencias auxiliares": la demografía⁽⁵⁰⁾, la patología médica retrospectiva, o la bromatología indispensable para el estudio de la historia de la alimentación. La planificación del trabajo nos ha ofrecido ya los resultados de las primeras grandes "encuestas" a nivel nacional sobre la evolución de la producción agrícola⁽⁵¹⁾, o sobre la historia de la alimentación⁽⁵²⁾, y se presta ya a ampliar sus cuadros a nivel internacional o de civilización, en encuestas más extendidas a las que ya algunos historiadores españoles hemos comenzado a brindar nuestro esfuerzo al lado de los de otros países.

Todo esto pertenece a nuestra historia de hoy, y todo esto forma por ello parte ineludible de la enseñanza universitaria actual. Pero todo esto indica también las dificultades de una labor tan dinamizada y tan omnicomprensiva, que a veces abruma al "historiador en la encrucijada".

Notas

(1) "Corrientes historiográficas en la España contemporánea", por José María Jover. Bol. 36, marzo 1975.

(2) Me refiero sólo a los ensayos publicados antes de escribirse estas líneas, y en particular: "La exposición en el campo de la Historia. Nuevos temas y nuevas técnicas", por Luis Suárez Fernández; "Historia del Derecho e Historia", por Francisco Tomás Valiente; "Corrientes historiográficas de la España contemporánea", por José María Jover; y "Categorías historiográficas y periodificación histórica", por Juan José Carreras Ares.

(3) H. BERR: *L'histoire traditionnelle et la synthèse historique*, París, 1921.

(4) Sobre todo desde que Febvre la hizo suya, en una dura crítica a un libro de Halphen en 1946. Cf. Lucien FEBVRE: "Sobre una forma de hacer historia que no es la nuestra: la historia historizante". Recogido en el volumen de Febvre *Combates por la Historia*, Barcelona, Ariel, 1970. Libro que se encuentra en todas las manos y que ha mentalizado poderosamente a los estudiantes y a los jóvenes historiadores españoles.

(5) Cf. M. FERNÁNDEZ ALVAREZ: *Evolución del pensamiento histórico en los tiempos modernos*, Madrid, 1974. págs. 37-39. Sobre Ranke, vid. CASSIRER, op. cit. infra, cap. II.

(6) Cf. L. FEBVRE: "Manifiesto de los nuevos Annales". *Combates*, op.cit.

- (7) E. CASSIRER: *El problema del conocimiento. De la muerte de Hegel a nuestros días*. F.C.E. México, 1948, cap. III.
- (8) C.V. LANGLOIS y C. SEIGNOBOS: *Introducción a los estudios históricos*, Madrid, 1913. La 1.^a ed. francesa es de 1898.
- (9) Ch. SEIGNOBOS: *El método histórico aplicado a las Ciencias Sociales*, Madrid, 1923. La 1.^a ed. francesa es de 1901.
- (10) El problema de la causalidad es el talón de Aquiles de la sedicente historia genética, el ideal sublimado y el canto de cisne de la historia tradicional. Sobre este problema, que no podemos detenernos a tratar aquí, cf. la discusión TEGGART, COHEN, MANDELBAUN: *La causalidad en la historia*, I.E.P. Madrid, 1959.
- (11) Cf. L. FEBVRE: "Examen de conciencia de un historiador. De 1892 a 1933". *Combates*, op. cit.
- (12) Sobre Michelet, hoy en parte rehabilitado como un precursor de la historia total, sin perjuicio de su nacionalismo, cf. G. LEFEBVRE: *La naissance de l'historiographie moderne*, París, 1971; págs. 187-204.
- (13) E. FUETER: *Historia de la historiografía moderna*, II, págs. 128-134 y 176-192. Buenos Aires, 1953.
- (14) Cf. ORTEGA: *Kant, Hegel, Dilthey*, Madrid, 1958.
- (15) Sobre la polémica Lamprecht-Meinecke en torno a la concepción colectivista de la historia, vid. R. DIETRICH: *Teoría e investigación históricas en la actualidad*, Madrid, Gredos, 1966.
- (16) Vid. la dura crítica de L. Febvre a la *Historia de Rusia* de Paul Milioukov. "Por la síntesis contra la historia-cuadro". FEBVRE: *Combates*, op.cit.
- (17) Recuérdese la requisitoria de Febvre "Contra los jueces suplentes del valle de Josafath" (1936). *Combates*, op.cit.
- (18) M. BLOCH: *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien* (París, 1949). Trad. castellana con el título de *Introducción a la Historia*, F.C.E. México, 1952.
- (19) La polémica Lamprecht-Meinecke arranca precisamente de esta problemática. Cf. DIETRICH, op.cit.
- (20) La obra de Windelband es de 1894. La obra más divulgada de su discípulo Rickert es de 1922; hay trad. castellana de Manuel García Morente: *Ciencia natural y ciencia cultural*, Madrid, 1923. Ya Tomás Valiente, en su citado ensayo, ha aludido a la influencia neokantiana. Como historiador de las instituciones, que se manifiestan fundamentalmente en dimensiones de regularidad y permanencia, Valiente se encuentra emplazado en una plataforma favorable para advertir los peligros de atomismo gnoseológico que comporta la tesis culturalista extrema.
- (21) H. RICKERT, op.cit., págs. 98-99 y 137-138.
- (22) Cf. L. FEBVRE: "Hacia otra historia" (1949). *Combates*, op.cit.
- (23) Además de las obras de Langlois y Seignobos, ya citadas, baste mencionar los tratados clásicos de E. Bernheim y W. Bauer, de todos conocidos.
- (24) Por vía de ejemplo mencionaré solamente las conocidas obras de R.G. Collingwood, E.H. Carr, Paul Veyne, y siguiendo en parte a Collingwood, J.A. Maravall en su *Teoría del saber histórico*, Madrid, 1958.
- (25) E. LABROUSSE: *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII^e siècle*, París, 1933. Del mismo: *La crise de l'économie française à la veille de la Révolution*, París, 1944. Y no hay que olvidar, por supuesto, la labor de los primeros "Annales" desde 1929.
- (26) Es la fecha del "Manifiesto de los nuevos Annales".
- (27) En este año tienen lugar tres hechos significativos: la publicación de la *Apologie* de Marc Bloch, la publicación de la *Méditerranée* de Fernand Braudel, y la publicación del ensayo de Febvre sobre las dos obras anteriores y anunciando los nuevos rumbos hacia otra historia.
- (28) En su citado ensayo, Jover se ha referido ya a la "frontera de los años cincuenta" y a la mutación que entonces se produce por la entrada de la nueva corriente de los *Annales* traída por Vicens Vives. El propio Vicens se refiere a esta decisiva influencia en varios de sus escritos, entre ellos el prólogo al T.I.* de la

Historia General de las Civilizaciones dirigida por M. Crouzet. (Barcelona, Destino, 1958.)

(29) Recuérdense los debates de Febvre en años precedentes, varias veces citados. Ahora se suman la *Apologie* de Bloch y la publicación de conjunto de los *Combats*.

(30) Aunque ya entrevista por Febvre, la aportación de ideas teóricas del campo de la economía y sociología serán más bien aportaciones de Labrousse y de Braudel.

(31) Se ha referido ya a estos aspectos el ensayo del Prof. Carreras Ares, lo que me exime de ser más extenso.

(32) F. BRAUDEL: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, T.I. parte 1.^a, págs. 3-317 y especialmente págs. 317-327. Cito intencionadamente de la 1.^a ed. de la obra, por existir traducción castellana.

(33) Cf. BRAUDEL, op.cit., parte 2.^a, T.I., págs. 333-663 y T.II., págs. 10-124.

(34) Ver la obra pionera de F. BRAUDEL: *Civilización material y capitalismo*, Barcelona, Labor, 1974.

(35) F. FURET: "Historie quantitative et fait historique". *Annales*, 26, 1, 1971. Los ejemplos en este caso no son atribuibles a Furet ni a Braudel.

(36) F. BRAUDEL: "La larga duración" (1958). En *La Historia y las Ciencias Sociales*, Madrid, 1968.

(37) Cf. BRAUDEL: "Unidad y diversidad de las ciencias del hombre" (1960), vol. cit.

(38) Cf. J. HEXTER: "History, the Social Sciences, and Quantification", XIII C.I.C.H. Moscú, 1970. El historiador norteamericano invoca como una muestra de ello el lugar de honor concedido al tema en este congreso.

(39) De facto, la demostración de ciertas constantes históricas de alcance restringido existía ya desde la obra de Labrousse. Vid. su refundición castellana, Tecnos, 1962.

(40) Cf. L. ELEKEC: "Connaissances historiques, conscience sociale", XIII C.I.C.H. Moscú, 1970.

(41) Th. PAPADOPOULOS: "La méthode des sciences sociales dans la recherche historique", XIII C.I.C.H. Moscú, 1970.

(42) XIII C.I.C.H., Tema I: *L'historien et les sciences sociales*. A las ponencias ya citadas habría que añadir las de A. Dubuc, Th. Schieder, y otras.

(43) Cf. BRAUDEL: "Historia y Sociología" (1958), vol. cit.

(44) G. GURVITCH: *Dialéctica y Sociología*, Madrid, 1969.

(45) "Historia de la Ciencia e Historia", por José María López Piñero.

(46) Como un simple ejemplo de lo realizado en España en este nivel, permítame citar los trabajos de las *I Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas*, Santiago de Compostela, 1973 (especialmente el vol. III, *Historia Moderna*, actualmente en prensa).

(47) Cf. el artículo de Pierre VILAR (R.H., 1965, págs. 293-312) en que discute la diferencia entre historia económica y economía retrospectiva.

(48) P. CHAUNU: "Les dépassements de l'histoire quantitative". *Mélanges de la Casa de Velázquez*, VIII, 1972, págs. 647-685.

(49) Cf. E. LE ROY LADURIE: *Le territoire de l'historien*, París, 1973. El ordenador fue *vedette* en el V C.I.H.E. de Leningrado de 1970. Sobre los trabajos allí presentados con el uso de este instrumento, véase mi recensión en HISPANIA, 117, 1971, págs. 215-239.

(50) Sobre el importante papel de la demografía histórica actual, me remito simplemente al minucioso y documentado ensayo "Demografía histórica", por Felipe Ruiz Martín.

(51) Vid. la colección de trabajos reunidos por J. GOY y E. LE ROY LADURIE: *Les fluctuations du produit de la dime*, París-La Haye, 1972.

(52) Véase la encuesta sobre "Histoire de la consommation" en *Annales*, 1975, págs. 402-631.